

TRES INTELLECTUALES EUROPEOS, ANTE LOS ESTADOS UNIDOS (*)

Actualmente parece ser que la mayoría de los intelectuales de uno u otro lado de la frontera artificiosa, en que se pretende dividir el mundo, se encuentran divididos, a su vez, mucho más en el llamado mundo occidental en cuanto al hecho ineludible de ese coloso que es como país los Estados Unidos de América.

Pero esa división en el criterio de juzgar este hecho, ha traslucido el hombre de la calle, y hoy día, para unos el país de la opulencia es la fuente de la que manan todos los males del mundo, mientras que para otros la americanización es la única salida racional para conseguir llegar a la supresión del estancamiento en que se encuentran muchas partes del globo terráqueo, tras la manifestación de esta nueva revolución industrial, dibujada por los tres hechos importantes, del descubrimiento y utilización de la energía nuclear, el superdesarrollo de la electrónica y el llevar a sus últimas consecuencias la automatización.

Ahora bien, la realidad es que se tiene plena conciencia de que estamos asistiendo a uno de los períodos más interesantes de la historia, con el nacimiento de una nueva sociedad industrial, nueva en cuanto que se está llegando a la superación de muchos descubrimientos científicos que parecían estar llamados a ser los difusores de la sociedad del futuro y que el mundo pone sus esperanzas en conseguir un puesto, en la sociedad del año 2000, a la que ya muchos denominan sociedad posindustrial y el que todos creemos que la clave de esta sociedad está en manos de los Estados Unidos.

Tres intelectuales europeos se han enfrentado con el apasionante tema y nos han dado en el período de tiempo de un año tres valiosos libros, que pueden servirnos para conseguir una idea real sobre el coloso americano, ama-

(*) ALONSO OLEA, Manuel: *Los Estados Unidos en sus libros*, Ediciones Europa, Madrid, 1967. MARÍAS, Julián: *Análisis de los Estados Unidos*, Guadarrama, «Punto Omega», Madrid, 1968. SERVAN-SCHREIBER, Jean-Jacques, *Le défi américain*, Paris, 1967.

do por unos, odiado por otros y temido, en fin, por la mayoría de los lectores.

Desde nuestro punto de vista, han tenido la virtud, estas tres obras, de intentar, desde unas panorámicas distintas, darnos una visión del tema fascinante que a todos nos preocupa, ya que hasta por su misma formación los autores pertenecen a tres campos bien diferenciados y sólo se han unido circunstancialmente para tratar un tema que en el azar han coincidido.

Los dos autores españoles son puramente universitarios, porque Julián Marías y Alonso Olea son ante todo dos universitarios plenos, aunque uno se haya centrado en la Filosofía y el otro en la Ciencia Jurídica; el autor francés, por el contrario, es un periodista con una formación viva de editorialista y que, por tanto, nos ofrece en su obra una visión más en consonancia con el hombre de la calle, pero en muchos de sus párrafos se nota una cierta ligereza en el enjuiciamiento de los hechos, aunque hay que reconocer al autor su valentía para intentar definirnos el que en esa sociedad posindustrial del año 2000 unos pocos países capitaneados por los Estados Unidos detentarán el control y los beneficios de la nueva sociedad, opulenta como su inmediata precedente, y que otros, la mayoría, seguirán en casi el mismo estado en que actualmente se encuentran, y pensemos y analicemos que de esta sociedad sólo nos separa un corto período de tiempo, y que muchos de los hombres de nuestra generación ya en el ocaso de su vida podrán contemplarla y vivirla.

Pero centrándonos en lo que ha representado para muchos estas tres obras, para intentar clasificar el hecho cierto que, en esta última década, los Estados Unidos, se han desafiado a sí mismos, y han conseguido dar el salto gigantesco, que les ha permitido colocarse a la cabeza no sólo del mundo occidental, sino también del llamado por unos mundo socialista y por otros países del Este, porque el hecho cierto es el que Jean-Jacques Servan-Schreiber nos relata el de que con el 7 por 100 de la superficie de la tierra, y con el 6 por 100 de la población, se puede producir el doble que la industria europea, o que el de la U. R. S. S. y el tercio de la producción de todos los países del mundo.

Ahora bien, para estudiar el hecho cierto manifestado por el fundador de *L'Express*, es necesario tener unas bases de partida y éstas nos las da el estudio de Manuel Alonso Olea.

Alonso Olea, como Julián Marías, es un buen conocedor de los Estados Unidos, pero preocupado por el fenómeno que ha representado y sobre todo representa este país, ha escogido el camino complementario de su visión personal que han sido la lectura de unos libros de los que debidamente ordenados ha surgido *Los Estados Unidos en sus libros*.

Hemos dicho que lo tomamos como punto de partida, porque en él es donde hemos encontrado una visión general, del estudio de un país y de una serie de características del mismo, que si bien pueden ser consideradas diferenciadoras, dados los aspectos parciales que representan cada una de las obras comentadas por Alonso Olea, el conjunto nos permite el conocimiento unitario de las dimensiones de un país tan complejo y más que de las dimensiones, me atrevería a decir, que de la realidad norteamericana.

Los libros comentados nos ponen de manifiesto, cómo el americano y basándose en su idea del patriotismo, es capaz de llevar su actitud crítica a estados insospechados para hombres de otras latitudes y que en el tratamiento de los temas complejos, como pueden ser los básicos de la estructura económica, son capaces de combinar los elementos económicos, sociológicos y jurídicos en un análisis, algunas veces imprecisos, pero sencillos y claros.

Como ejemplo de nuestra primera observación, podemos citar lo afirmado por Robert F. Kennedy en *The Enemy Within*, en cuanto a las actividades ilícitas de los representantes de empresarios y trabajadores en sus relaciones profesionales, convirtiéndose en los «enemigos dentro» de la comunidad política norteamericana, al utilizar los poderes sociales y económicos de que son depositarios para finalidades distintas a la que el ejercicio de los cargos que detentan deben estar encaminados: a) la producción de bienes y servicios a precios razonables para el público, cuando son empresarios; y b) la defensa de los intereses de los trabajadores organizados, por cuenta ajena, en el caso del jefe sindical.

Todo esto nos permite ver el que en esa sociedad opulenta también se dan a la vez organizaciones sindicales controladas por el hampa, con su secuela de saqueo de las cotizaciones sindicales de seguridad social y de pactos colectivos de condiciones de trabajo, convenidos en beneficio de empresarios que habían aceptado previamente «protección». Pero a la vez el informe referido por Robert F. Kennedy ha sido el antecedente de la Ley Landrum-Griffin, por la cual los tres poderes del Estado pueden entrar a fondo en el Sindicato para la represión de posibles abusos.

Importantes también desde nuestro punto de vista, para la construcción de esta base, que intentamos, son los libros comentados por Alonso Olea, de pura sociología política, de carácter elemental y pragmático, en las que se abordan los dos motores políticos de la Unión: el Senado y el Presidente; el primero con un carácter más bien de denuncia al *establishment*, como poder conservador, que se apodera de las presidencias de las comisiones y de los resortes para el nombramiento de los miembros de las mismas, por lo que, en frase de Burns, se convierte en una alianza para entorpecer el programa legis-

lativo de un Presidente liberal, sea republicano o demócrata y, como nos dice el senador Clark, dando la espalda al siglo XX. Todo ello nos lleva a la conclusión de la existencia en los dos partidos americanos de una institución no oficial, de un *establishment* político que los dirige y encauza y que hace de freno presidencial en muchas ocasiones, aunque nosotros pongamos en tela de juicio su supremo poder, ya que no podemos desconocer la asunción del poder por el Presidente norteamericano, que comenzó con Franklin Roosevelt y Harry Truman y que desde 1960 ha acentuado Lyndon Johnson con la expansión del poder personal del Presidente.

En el segundo se pone de manifiesto un hecho que no escapa a nadie: el de la soledad presidencial ante las grandes decisiones, que Sorensen denomina soledad limitada, ya que estas decisiones están fuertemente coartadas, pues su responsabilidad es mayor que su autoridad, aunque aquí puede darse el caso de que el autor esté defendiendo la figura del Presidente de los Estados Unidos de los detractores, que ven en cada paso adelante una usurpación de poder.

La realidad política es que el autor se niega a reconocer que en los últimos años han aumentado las fuentes de información y consejo de los presidentes y que éstos detentan en sus manos los recursos técnicos y económicos de más de la mitad del globo, como cabeza del ejecutivo de los Estados Unidos.

En esta base tenemos que referirnos a lo que se expone sobre el que para muchos es el problema fundamental de Norteamérica, el racial; Alexis de Tocqueville en su *De la Démocratie en Amérique* —que, por otra parte, es un libro aún sin superar, ni siquiera igualar—, dijo ya en 1835, que este es el problema más grave de todos los que amenazan el porvenir de los Estados Unidos y así parece ser en este grito de Farmer, *La libertad, ¿cuándo?*, en el que el presidente del C. O. R. E., pide la derogación de la legislación local y de Estado federado, discriminatoria contra los ciudadanos de raza negra y la aplicación efectiva del nuevo ordenamiento igualatorio, desapareciendo así cualquier clase de discriminación.

Que por otra parte quiere ser reprimida por la conocida sentencia del Tribunal Supremo en 1953, en la que se declaró que los servicios educativos separados son intrínsecamente desiguales, y por las leyes sobre «derechos civiles» subsiguientes. Farmer, por cierto, habla de desaparición de la discriminación, pero pide se conserve la separación, o sea, la identidad de la minoría negra y de su cultura dentro de la nación americana, lo que no está muy lejos del «poder negro», que, como se sabe bien, ha sido calificado como una forma de racismo.

Los dos últimos trabajos analizados por Alonso Olea están dedicados a los

dos últimos presidentes; el del periodista británico Michel Davie es, acaso, uno de los estudios más templado, menos apasionado, que se han escrito sobre el hombre político Lyndon B. Johnson, un profesional de la política, calculador y cauteloso, que en todas sus decisiones de política internacional ha mantenido una serie de consultas y deliberaciones, que si bien no han sido conocidas por el gran público, es casi cierto que su profesionalismo político lo llevó en muchas ocasiones, como en la Conferencia de Manila y en el viaje por el sureste asiático, al reclutamiento de votos, basándose en la política internacional, algo así como lo acontecido en la Conferencia de París y que para muchos comentaristas pudo ser un intento de que el candidato demócrata pudiese ganar las pasadas elecciones. La realidad es que el libro de Davie parece ser mucho más imparcial que el de otros escritores norteamericanos, por ser también piadoso con la persona del controvertido Johnson, el hombre que siempre intentó ser popular y que lo único que consiguió fué que se dijese que «es un presidente que no inspira confianza».

De las fallas espectaculares del coloso americano, acaso una de las que más impacto causara en su día fué la tragedia de Dallas. Alonso Olea, la encuadra, con el libro que a su juicio es el menos insolvente de los muchos escritos sobre el tema. La verdad es que lo más importante de esta obra es ser fiel reflejo de un estado de opinión, que tiene mucho de un sentimiento de culpabilidad, si no por el asesinato en sí, sí por la serie de acciones y omisiones que actuando en cadena lo hicieron posible.

La violencia desencadenada permitió que por quinta vez un primer magistrado de la Unión muriese violentamente. Pero esta vez, al tratarse de una figura que había trascendido de los límites de su país, la tragedia ha tomado una dimensión universal y los americanos sienten sobre ellos las miradas del mundo, perplejas unas, acusadoras otras y más aún cuando poco después se pudo asistir al espectáculo televisado de la muerte de un presunto asesino inconfeso llamado Oswald.

Con esta serie de libros nos ha dado Manuel Alonso Olea una panorámica importante de este país, del que ya había dicho Hegel: «América es, por tanto, el país del futuro y sobre ella habrá de caer en las épocas venideras todo el peso de la Historia Universal.» Ahora bien, con sus grandezas y sus defectos, de los que no se habló en la *Filosofía de la Historia*, tenemos que reconocer que la base de este estudio tiene un fondo muy importante de objetividad, y más que de objetividad, lo que decíamos al principio, que el patriotismo exacerbado del americano medio no ahorra los juicios desfavorables sobre lo que le molesta de su propio país; de lo que no se recata es de hacerlo público, y

eso es lo que nos ha permitido conocer por *Los Estados Unidos en sus libros*, su extraordinario sentido de la veracidad.

Julián Marías nos da, en su *Análisis de los Estados Unidos*, una visión parecida a la de Alonso Olea en la introducción de su obra, ya que si bien se nota una profunda admiración para Norteamérica, la realidad es que no se mueve ni en el terreno de los inconformistas, que llenos de resentimientos intentan lanzar condenas contra la opulencia, rebelándose contra ella, y sólo guiados por la idea de destruirla, ni hace un canto de la americanización como la única salvación viable para este mundo y principalmente para Europa.

Que Julián Marías ama a los Estados Unidos es una verdad que se pone de relieve en este y otros trabajos del autor. Ahora bien, de su amor nace una crítica constructiva, llena de un sentido poético, que es el único sentido que se puede, a mi criterio de andaluz, derivar del amor; su poesía es intuitiva y sensitiva y le ayuda a llegar a plasmar este trabajo veraz y comprensivo del país, que, por otra parte, hubiéramos querido para nosotros cuando los intelectuales norteamericanos se han enfrentado con nuestra problemática.

El gran intento logrado es el de hacernos ver la transformación que ha sufrido el coloso. Estas modificaciones, que Marías cifra en el hecho irreversible del tiempo pasado desde que sufriera la primera impresión, dieciséis años antes, lo que él denomina el espacio de una generación entera. En el que han surgido la televisión, los cohetes y los satélites artificiales y, lo más importante en este mundo de la automatización, los computadores, que han pasado de la infancia a su pleno desarrollo. Esto queda resuelto al contestar a la pregunta que se hace de ¿qué habrá pasado aquí en quince años, donde todo cambia a increíble velocidad? Para él, todo es distinto, todo es mayor, más crecido; esta sensación de gigantismo se refleja en el número de americanos, en su producción, en sus gastos y en sus ahorros, en los millones de estudiantes universitarios, unos cinco, que al ponerlos de relieve Marías, se contraponen en nuestra mente a esos otros jóvenes americanos nómadas en el extranjero, que viven, por ejemplo, en las cuevas de Creta, que angustiados por una forma de vida en la que ellos no encuentran horizontes espirituales, han reaccionado de forma radical, acusando, desproporcionada e injustamente, a la sociedad de sus mayores, de estar inmersa en el maquinismo e intentar convertir al hombre en robot.

La realidad es que todo cambia, todo crece, los computadores electrónicos transforman al mundo más que cualquier otro elemento, y al estar más de la mitad en Norteamérica, hacen que este país esté pasando de ser un país accionado a mano, a ser una realidad electrónica y que cambios experimentados cada año son sustancialmente mayores que los ocurridos en otras partes en un decenio.

Pero lo importante es que todos ellos se orientan hacia la conservación de un estilo de vida, hacia la búsqueda de una identidad programática. En esto está el triunfo que nos deja perplejos.

Pero el filósofo español consigue en este libro despejar ciertas incógnitas, que otros autores, con una visión más subjetiva de los temas, han sido incapaces de conseguirlo; así, en el capítulo que él titula «Blanco y Negro», hemos visto acaso uno de los modos de enfocar este problema más ingenioso, ya que parte del hecho de que el problema ha madurado, planteándose, pues si bien el negro siempre ha sido un factor importante en la vida americana y el intento de resolverlo estuvo ya en la guerra civil, al concluir la cual se produjo un reajuste de la sociedad americana, instalándose o intentando instalar al hombre de color en ella, y que para el sentir del país el negro era una contrariedad, una injusticia, un remordimiento si se quiere, lo que no era es un problema, y esto es lo que cambia en los últimos años, bien porque ellos van adquiriendo una posición más estable, o porque una amplísima minoría blanca adquiere progresiva conciencia de las injusticias y piensa, como buenos americanos, que todos los problemas de este mundo pueden solucionarse, a la vez que los medios de comunicación social, prensa, radio y televisión, con ese sentido tan americano de la crítica, ponen ante los ojos de los otros países, la información de los desórdenes, muchas veces abultados, pero que con buen sentido filosófico, Marías, sostiene, que un problema formulado está ya casi resuelto.

Distingue a propósito de la polaridad negro blanco, los conceptos de discriminación, segregación e integración. La primera es completamente injusta. En cuanto a los otros dos conceptos, la segregación consiste en que blancos y negros tengan posibilidades iguales pero separadas; si el principio es ya discutible, la realidad es peor, pues de hecho no se daba en ningún caso la igualdad. Frente a esto comenzó en la mayoría de los Estados de la Unión, primero en la opinión, más tarde en el Derecho escrito, la integración, la abolición de todas las separaciones, el uso en común de todas las instituciones y bienes del país. O sea, la imposición legal de la vida en común de blancos y negros.

El autor encuentra una solución algo compleja de que todo se llevara a sus justos cauces, a la felicidad, cuando el negro esté cómodo y satisfecho con su negritud a la vez que con su situación vital de ciudadano de los Estados Unidos. Para llegar a esta conclusión hace una distinción entre situación que equipara a instalación social y condición o lo que uno es. Afirmando que cuando el negro se sienta normalmente negro, con la integración legal, el aumento del nivel, económico e intelectual de la minoría negra, se solucionará este.

problema; a los más o menos profanos sólo se nos ocurre decir, Dios lo quiera.

A esta polaridad racial se la complementa con la geográfica Norte-Sur; no se puede comprender esta última sin detenerse a pensar que gracias a ella nacieron los Estados Unidos como un país histórico. Aún hoy el hombre del Sur siente resentimiento ante el hombre igualitario del Norte industrial que no comprende ni quiere comprender sus bellezas, sus refinamientos, ni sus tristes destinos; nos atreveríamos a decir que el «alma de nardo» que Machado usó para autorretratarse está también allí, aunque el Norte consiguió que el Sur pasase de moda con la exploración de los territorios del Oeste. Marías piensa que la virtud del Sur está en ser un estilo, una forma de vida, que al estar en la raíz misma del país, es un elemento vivo, a tener muy en cuenta para la comprensión de Norteamérica, ya que es una reserva de enorme valor; nuestro filósofo se atreve a compararlo en este aspecto a Andalucía; afirma que ahora que los Estados Unidos están hechos, ahora que tienen que elegir, que tienen la abundancia, que están en la opulencia, el Sur puede, como rico en forma de vida y en temples más complejos, tener de nuevo su lugar preeminente en la Unión.

Acaso una de las observaciones más interesantes del libro de Julián Marías sea la profunda fe de la sociedad americana de que las cosas tienen arreglo. El americano, basándose en su fe en el hombre, no cree en lo irremediable; ellos intentan que todo funcione perfectamente; de ahí que cuando vienen a nuestros diferentes países demuestren su extrañeza por el eterno «no funciona» al que los europeos nos hemos acostumbrado; si los ascensores no funcionan, quieren que funcionen; si el aire se contamina, intentan que se purifique, y esto es lo que han intentado por todos los medios en sus relaciones con el mundo exterior; pretenden que el mundo vaya bien, corrigiendo y superando sus males; ahora bien, esta aptitud no ha sido suficientemente comprendida, pues pocos creen que quieran mejorar las cosas de los demás.

Por otra parte, tenemos la probada paciencia que los americanos derrochan ante los males del mundo, los de su propia sociedad incluídos; la justificación está en que piensan que los males sociales pasan por algo, y dado su sentido de respeto a las reglas de juego a la ley por una parte y a lo que ellos llaman libertad por otra, hace que piensen que el que queden impunes algunos delitos no es, a la postre, tan malo si así los inocentes viven seguros y a salvo de las arbitrariedades del poder público.

Por ello, no intentan cubrirlo todo con una suicida apariencia de perfección, sino que se oponen a la coacción y al ocultamiento y airean sus lacras

sociales. En la confianza de que el cuerpo social no se deja arrastrar y dividir por los extremismos.

Una de las aportaciones de los americanos a la historia de la diplomacia es que no saben mentir; no es exactamente que no mientan, sino que cuando lo hacen lo hacen mal. Así, en el acto de la voladura del *Maine* en el puerto de La Habana y que tan malos recuerdos tiene para nosotros los españoles, se dijo que la causa fué una mina española; nosotros sostuvimos siempre lo contrario y por parte americana se mintió y aprovecharon la emoción popular así causada para llegar a la guerra. Este acto ha pesado dolorosamente sobre muchos americanos y muchos lo recuerdan como la ocasión en que se mintió públicamente.

Así en el acto del U 2, sin precedente en cuanto al reconocimiento por los americanos de que estaban espionando, ya que no se puede creer a muchos países capaces de reconocer cualquier acto de esta naturaleza.

Marías nos aclara que ellos dicen casi siempre la verdad, pero como en la diplomacia, en la política exterior y en el amor no se ha hecho nunca, nadie los cree y una niebla de falsedad y mentira envuelve, hasta extremos increíbles, todo lo que tiene que ver con este país.

Al haber en el mundo actual una resistencia a la verdad, esto molesta a muchos hombres de nuestro tiempo, y en ello está una de las razones del antiamericanismo, en la irritación que produce la habitual veracidad de los Estados Unidos. Junto a la veracidad aparece la falta de retórica, a la que nuestro filósofo culpa de parte de la mala propaganda americana, ya que, salvo en sus orígenes (Franklin o Jefferson), o con Wilson en lo internacional o con F. D. Roosevelt, del que hace un canto con el que no estamos nada de acuerdo, pero reconociendo que no pudo jamás ni soñar en competir con ese gran genio retórico político de nuestro tiempo que fué Winston Churchill.

Los Estados Unidos encontraron su hombre y su retórica con Kennedy, pero su mandato sólo duró mil días y se frustró el momento de hacer partícipes a los demás países del buen sentir americano.

El fracaso de la retórica ha llevado a los americanos a uno de los fenómenos más interesantes del momento: a pensar si lo estarán haciendo mal, y esto les llena de zozobra, de la cual es difícil sacar consecuencias claras, pues, por ejemplo, en cuanto a la guerra de Vietnam, se mantiene una postura diferente a la de Corea, y es que en la primera está decidiendo la técnica militar, mientras que en la segunda la que decidió fué siempre la política.

Es agudo el estudio de Marías sobre los bienes de la tierra, en el que nos da una extensa impresión sobre qué es el trabajo para los norteamericanos y, sobre todo, el que saben que han creado un país que es el fruto de una suma ininterrumpida de trabajo acumulado desde hace trescientos años; de

ahí que estén dispuestos, al terminar su formación, a aceptar inmediatamente un puesto de trabajo, y que una persona de amplia formación intelectual se sienta feliz en una oficina técnica, en el departamento de personal de unos grandes almacenes, en un hospital o en una cafetería.

Diferente es este tratamiento al de los europeos; el americano se siente bien pagado y esto le crea un sentimiento de gratitud a la función que realiza, pero siempre dentro de una movilidad, que le hace no estar dispuesto a aceptar un puesto para toda la vida, y a despreciar la, para muchos de los nuestros, necesaria seguridad en el empleo. Pero para ello es también condicionante el fabuloso crecimiento de la sociedad americana con sus oportunidades ilimitadas.

Con una serie de compañías con más accionistas que obreros, ya que éstos por su trabajo son accionistas, bien directamente o bien a través de sus depósitos en las Fundaciones mutualistas, con un producto nacional bruto a final de 1967 de 800.000 millones de dólares y con más de la mitad de las familias americanas propietarias de sus casa; esto es la opulencia.

América cifra la opulencia en el mercado libre; para este país la arbitrariedad sólo es posible en las economías donde no es el mercado el que decide, sino la voluntad de los tecnócratas. Ahora bien, en los Estados Unidos el crecimiento del Estado ha sido fabuloso; los presupuestos crecen; las autoridades federales tienen mucho más poder en sus manos, esto es un hecho; unos acusan esta tendencia de socialista; otros, de demasiado liberal; el hecho es que allí, aunque Marías no nos lo diga, en ciertos momentos parece que parte de la economía tiene que ser dirigida, suavemente, pero dirigida.

De ahí que el crecimiento del Estado federal sea para muchos americanos el cambio más inquietante de las últimas décadas. Temen el intervencionismo, la planificación, la socialización, en una palabra, y la temen porque la iniciativa individual fué el sistema para ellos más eficaz.

Ahora bien, la realidad es que el crecimiento de los Estados Unidos ha demandado y demanda un crecimiento del poder estatal para mantener el equilibrio; los computadores al servicio de la Administración la han mejorado, y ya son un país demasiado grande y complejo para que, aunque continúen siendo individualistas, la función pública prive ya en muchos asuntos sobre la acción privada, y esto es lo que no comprenden los tradicionalistas de la vida americana.

Que por otra parte pueden vanagloriarse de su forma de comprender el materialismo del dinero, pues, como nos dice Julián Marías, las Universidades están financiadas en parte sustancial por donaciones de sus antiguos alumnos, que se convierten en laboratorios y bibliotecas; existen cátedras de fundación privada y no es frecuente que la fortuna, si es considerable, pase a la

familia, pues una parte sustancial va a fines benéficos o educativos, ya que los padres prefieren legar a los hijos un medio para ganar dinero, pero no el dinero.

Algo así acontece en la nación americana con su ayuda exterior, de la que tanto se ha beneficiado Europa desde 1945 y nosotros pensamos que en poco España. Algo de este dinero ha ido en becas, pensiones y ayudas a los profesionales del antiamericanismo, de los que escriben para denigrar a Estados Unidos desde publicaciones muchas veces costeadas por el dinero americano.

La visión más evidente y profundamente interesante es la de la Universidad. Julián Marías —según nos dice— conoce a la perfección, íntimamente, la Universidad americana. Su convivencia en doce Universidades grandes y pequeñas, confesionales o aconfesionales, masculinas, femeninas o mixtas, le permite contarnos con primor de artista, cariño de amante y rigor intelectual, este capítulo importante de Norteamérica.

En un momento de explosión universitaria, este país no es una excepción, ni siquiera en las tensiones y conflictos consecuencia directa de los problemas de la masificación; en este últimos años se han duplicado los estudiantes matriculados, alcanzándose la siempre impresionante cifra de cinco millones, lo que quiere decir que de cada cuarenta ciudadanos de la Unión, uno cursa estudios superiores, cifra comparativamente alta, ya que de cada 300 españoles ó 100 franceses, uno cursa estudios de alto nivel; ahora bien, de estos cinco millones de estudiantes sólo una cuarta parte llegarán a los grados profesionales más altos, como *Master of Arts* o *Doctor of Philosophy*, mientras que el resto ocupan puestos de trabajo, con una formación universitaria primaria, pero que nos hace pensar en la bondad del pensamiento de una reforma en nuestro país, en el sentido de que para ocupar ciertos puestos se tenga una formación universitaria que no sea necesariamente la de una larga licenciatura, ni mucho menos la de un doctorado. Es interesante el grado de libertad competitiva y el de libertad académica existente, para nosotros el de selección del profesorado, así como el de las relaciones de éstos con sus alumnos.

El americano es para nosotros una eterna sorpresa; junto a su hospitalidad, su comprensión con otras personas, su intento de llegar a ser amigo, está muchas veces su frialdad, hace cosas que no comprendemos por qué. Por ejemplo, se interesa por un proyecto; cuando parece que lo quiere hacer, que tiene que hacerlo, lo rechaza, dejándonos perplejos, y esto nos confunde.

Pero la conclusión a la que llega nuestro filósofo ante el hecho colosal de Norteamérica, es optimista; estamos ante una «magnitud de primer orden en el mundo actual. Su extensión, población y recursos naturales les pone en el área de los grandes países, Unión Soviética, China, India, Canadá, Brasil y el conjunto de toda la Europa occidental. Pero si atendemos a su funcionamien-

to, producción, consumo y realidad humana, su grandeza es mucho mayor; se encuentra muy por encima de cualquier otro país de la tierra, y como la grandeza del mundo actual es superior a la de cualquier otra época, esto permite decir a Marías que, independientemente de todo juicio de valor, los Estados Unidos son la «magnitud humana mayor de la historia universal». Una de las grandes creaciones históricas, como Roma o el Imperio español.

Tenemos los europeos que tratar este tema como un acontecer de la historia actual, sin volvernos de espaldas al camino de la historia; el antiamericanismo para Julián Marías es inquietante no para los Estados Unidos, sino para los que las profesan, ya que para él es la dimisión de Europa, la degradación de la europeidad.

Con estos pensamientos, nos enfrentamos con uno de los libros acaso más comentado de los últimos tiempos, la denuncia categórica de Europa, el grito de alarma penetrante. *Le défi américain* de J. J. Servan-Schreiber, que tiene como nota más significativa la de la inquietud por la penetración industrial de los Estados Unidos en Europa.

El libro de Servan-Schreiber parte del avance prodigioso de la tecnología, basado en el ritmo de investigación y en el desarrollo de la industria. Además de la formación del cuadro humano necesario para poder administrar y dirigir la revolución tecnológica, pues cada computador que se fabrica tiene que ser utilizado y para ello hay que poner al hombre en condiciones de hacerlo. Los Estados Unidos en este punto publican anualmente 100.000 informes técnicos, 900.000 artículos y 7.000 monografías científicas sobre este tema.

Junto a todos los elementos que están consiguiendo la transformación del mundo en que vivimos, el mayor condicionante, la superpotencia económica norteamericana, que, como todos conocemos, en los últimos años parece ser que, con el paso gigantesco que han dado, han cambiado no sólo de esencia, sino de naturaleza, y digo parece ser, pues, como nos dijo Julián Marías, este cambio es más en la superficie, pues en el seno íntimo de su ser tienen elementos tradicionales, como los del viejo Sur, que les sirve de contrapeso para mantener su espíritu, ese espíritu que comenzó a hacerles grandes.

J. J. Servan-Schreiber en su libro describe esta gigantesca potencia económica y singularmente su penetración en Europa. Desgarradoramente denuncia, «la tercera potencia industrial mundial, después de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, será, dentro de quince años, no Europa, sino la industria americana en Europa».

Para fundamentar esta afirmación nos dice que al noveno año de vida del Mercado Común, su organización es esencialmente americana, dado el volumen de capitales americanos comprometidos y a la importancia de las empresas que inician esta penetración. Pues si la inversión es de 14.000 millones

de dólares, la I. B. M. con sus computadores electrónicos ha hecho que se aceleren los movimientos de concentración y fusión de empresas en el viejo continente. Para el director de *L'Express* el acto más significativo viene a ser que desde 1958 las sociedades americanas invirtieron 10.000 millones de dólares suplementarios en nuestro continente, que viene a ser más del tercio de todas las inversiones que han realizado en el mundo.

Las consecuencias del ilustre periodista son alarmantes; Europa se encuentra en una situación desesperada, y si quiere sobrevivir tiene que reaccionar inmediatamente, sin pérdida de tiempo. Ya que los americanos controlan las industrias más avanzadas, las que poseen un tecnicismo más alto; como ejemplos, el 80 por 100 de la producción de computadores, el 50 de la producción de semicomputadores, el 95 del nuevo mercado de los circuitos integrados y el 15 de receptores de radio y de televisión. Nosotros nos preguntamos si es verdad que en Europa se controlan por empresas norteamericanas estos sectores con estos tantos por ciento ¿por qué es?

Puede ser por decisión organizativa, ya que, pese, por ejemplo, al antiamericanismo externo de De Gaulle, en Francia viene a controlar el 65 por 100 del material de telecomunicaciones y el 40 de la distribución del petróleo, este último elemento vital para la vida de un país.

Puede ser que los europeos tengamos más confianza en la Administración americana que en la de nuestros hombres de empresa, ya que Servan-Schreiber nos da los datos que nos permiten decir que las nueve décimas partes de las inversiones americanas en Europa son financiadas con recursos europeos (55 por 100 de empréstitos obtenidos en el mercado europeo de capitales y créditos logrados directamente en los países europeos, el 35 por 100 de soluciones presupuestarias de los gobiernos europeos y autofinanciación y sólo un 10 por 100 de dólares procedentes de los Estados Unidos).

Ahora bien, parte del 55 por 100 del empréstito de mercado europeo de capitales, puede ser que tenga su origen en dinero americano, venidos al mercado del eurodólar.

La reacción ante esta situación no puede ser negativa, ya que es cierto que no se puede intentar disuadir a los americanos para que no inviertan en Europa, ni mucho menos el ponerle toda clase de obstáculos, pues dado, en primer lugar, la división europea, como se puso de manifiesto con las restricciones Johnson, cuando un país se negara a recibir estas inversiones, los otros se apresurarían a intentar recoger estos frutos, y en segundo, es necesario que nos sirvamos de la potencia, organización, innovación y sobre todo de la audacia de los hombres de empresa de Norteamérica, ya que Europa necesita la aportación tecnológica que viene junto a las inversiones.

De aquí el pensamiento de Servan-Schreiber, de que por una parte nos

amenaza el que se pase a ser protagonista de una acción secundaria, a convertirnos en meros satélites o que la autarquía de nuestro continente nos lleve al subdesarrollo.

Cruel dilema para la vieja y orgullosa Europa, la que, por otra parte, aunque el director de *l'Express* no lo diga, es incapaz de intentar un continente unido desde el Cabo Norte a Tarifa y de los Urales al Atlántico. Que piensa todavía en la Europa de los seis o de los tres y que condenó siempre al ostracismo a todo aquel que, dictador, corso calenturiento o soñador, intentara unirla, para los que no tuvo más piedad que un Yuste, una Santa Elena o algo peor.

Por eso es difícil pensar en ese brusco despertar que ahora se pide. Pues si es duro el porvenir que se le ofrece, decadencia, más duro es creer que el nacionalismo trasnochado de alguno, que no le permite llegar en un avión extranjero al nuevo continente, o el imperialismo de otros, que nos les permite abandonar la última colonia de Europa, puede conseguir que germine la única semilla que puede darnos fruto, una federación o confederación de países que teniendo como patrimonio común una cultura, acaso la más gloriosa de la historia, nos permita, cogiendo viejas ideas de la Paz Romana, el Sacro-Imperio, Carlos V o Napoleón, dar con su verdadera riqueza, la diversidad en la unidad.

Diversidad de culturas, de tradiciones, de ideologías, que nos lleve de nuevo a nuestro puesto en la historia, pues si hemos sido capaces de cruzar los océanos, levantar las catedrales y los palacios y realizar las mayores aventuras intelectuales, ¿por qué no esta nueva?

Pero si alguien hay que sea culpable de los obstáculos, no son los americanos, pues, como nos dice el periodista francés, el mal reside en la incapacidad europea para organizarse y aprovechar sus posibilidades.

De ahí que algunas de nuestras cabezas se hayan preguntado si el remedio de los males no estaría en dejar a los managers de los Estados Unidos administrar nuestras fuentes de riqueza. Esto desde un punto de vista puramente económico, sí puede ser acertado, pues con la inversión lo que primero llega es el progreso técnico para nuestra economía, bien directamente con las modernas técnicas de gestión, o indirectamente, al obligar a reaccionar a los hombres de empresa europeos, y todo ello va acompañado de una elevación de nivel de vida.

Pero para Servan-Schreiber, a largo plazo será un perjuicio, pues los europeos podremos caer en la tentación de confiar una parte cada vez mayor del desarrollo industrial a los Estados Unidos y sigue diciendo que el inversor americano sólo transfiere en Europa la fabricación de productos que ya fueron experimentados en su mercado. Por ello, al confiarles un papel preponderan-

te en el desarrollo de las nuevas producciones industriales, nos condenamos a continuar, sector por sector, en retroceso en la carrera hacia el progreso.

La verdad es que las crecientes inversiones norteamericanas representan para nosotros la ventaja de dispensarnos de los grandes esfuerzos de investigación, pero nos puede exponer a perder los puestos directivos en nuestra misma sociedad.

La idea más interesante de *Le défi américain* es, sin duda, la de que si queremos los europeos ser dueños de nuestros propios destinos, tenemos que abandonar el camino de la autarquía.

Para ello se funda en que la escala nacional no nos sirve ya para los sectores económicos avanzados y para las decisiones eficaces del Estado. Por ejemplo, la investigación científica, la construcción aeronáutica, la industria de los calculadores, y no digamos nada de la esfera de los vuelos espaciales, exigen unos medios económicos que están muy por encima del poder económico de las potencias medianas. Si el esfuerzo quiere seguir siendo nacional, será siempre un esfuerzo muy disperso, con muy poco resultado. O bien sólo se podrán realizar unos cuantos proyectos, permaneciendo ausentes de otros indispensables a la civilización del futuro. Esto es lo que hasta ahora se ha hecho en Europa: los franceses e ingleses, la dispersión; los alemanes e italianos, la reducción del campo, abandonando parte de los objetivos necesarios.

Servan-Schreiber reacciona casi con furor contra la autarquía; vayamos por la senda de una acción eminentemente comunitaria. Europa tiene que reunir sus fuerzas, concentrar sus empresas, unificar su política económica. Pues con estas premisas se puede llegar a construir en nuestro continente una sociedad industrial, que permita la unidad de la sociedad industrial con la variedad de las culturas. De aquí es donde puede nacer una concurrencia de civilizaciones, condición *sine qua non* para el progreso humano.

Pero antes Europa tiene que ser una unidad económica, y para el autor de *Le défi américain* es necesario también una unidad política. A él no escapa que entre nosotros la idea de la supranacionalidad ha sido fuertemente castigada por los nacionalismos, o por algo peor, los que en nombre de la democracia u otras ideas nobles de convivencia humana, trataron por igual a Carlos V, Felipe II, Luis XIV, Napoleón, Hitler o Schuman, y muchos de estos personajes vivieron en tiempos que aún no existía como país los Estados Unidos de América del Norte.

No creemos en la afirmación de Servan-Schreiber de que los valores centrales de la izquierda europea sean hoy irremplazables, pues no sabemos qué es lo que el director de *L'Express* entiende por izquierda, ya que, no por suerte para nosotros, asistimos en nuestra Facultad a un espectáculo en el que Jean-Jacques apareció como un hombre 90 grados a la derecha de la mayoría

de sus espectadores; por tanto, diríamos con más tranquilidad, de que los valores centrales de Europa son los irremplazables para conseguir que se convierta en una potencia.

Potencia que sin ningún género de dudas son los Estados Unidos, este país del que hemos conseguido una clara panorámica en los dos libros analizados en primer lugar; ahí está la virtud de Julián Marías y Manuel Alonso Olea, en decirnos qué es ese país y cómo ha conseguido su potencia; a J. J. Servan-Schreiber le ha faltado, a nuestro juicio, prever que el factor hombre puede tener una intervención decisiva en lo que el futuro nos va a deparar, pues los hechos ciertos son que los Estados Unidos son la primera potencia del mundo, que sin haber escogido su destino de gran potencia, se han convertido en un Imperio sin emperador, que tienen hoy por hoy la organización más eficaz de cuanto existe en nuestro planeta y que han llegado a ser el punto de referencia de la sociedad industrial y que caminan a pasos agigantados a ser el mismo punto de referencia en la futura sociedad posindustrial. Su liderazgo es indiscutible, aunque sí discutido, ya que muchos no pueden perdonarles el que de parientes más o menos lejanos, se hayan convertido, como nos ha dicho Louis Armand, ellos que siempre tuvieron el deseo y la esperanza de hacerse querer, en jefes de familia, temidos y envidiados, y con su forma un poco ingenua, algunas veces, de actuar han provocado la admiración y el servilismo de unos y el odio y la envidia de otros.

Lo cierto es que el hecho está ahí, ante la Historia; en cien años han llegado a convertirse de una población dispar y heterogénea, preocupada únicamente por sus problemas, que vivía de espaldas al mundo, en una unidad del rango de gran potencia, que domina el período más admirable de la historia científica del mundo, gracias a su poder económico.

Pero también gracias a otras cualidades, como puede ser la escalada de la calidad, desde las piezas de los artefactos usados en la astronáutica, que si fallan, pueden comprometer un programa considerable y poner en peligro vidas humanas, hasta los que regulan automáticamente la calefacción doméstica, de modo que con toda seguridad, pueden dejarse encendida en las casas de campo. A esto se han visto obligado por falta de reparadores, pero la realidad es que lo han conseguido y en buena parte por su sentido del riesgo. Ellos son capaces y están dispuestos siempre a correr cualquier riesgo en busca del triunfo.

Pero esta afición por el riesgo va acompañada de una necesidad de rendimiento. Ellos corren una aventura, pero buscan siempre un resultado tangible. Los norteamericanos saben innovar, pero se resisten a hacerlo por el mero placer del cambio. Burlándose de la satisfacción intelectual que puede producir en cualquier tipo la multiplicación de los prototipos. Se escandalizan ellos,

que han conseguido, por medio de la standarización, valerse de productos de fácil reconocimiento y complacer al mayor número de personas posibles, de que en otros países para comercializar los productos sea necesario presentarle al comprador decenas de tipos diferentes. Pero es que ellos se han impuesto la lógica de la técnica, que les dió a conocer que la calidad de los productos industriales es hija de la cantidad, lo cual invierte el sentido español o italiano de lo que hemos llamado el buen gusto.

Los norteamericanos han tenido que poner toda su atención en problemas mayores que nosotros; por ejemplo, la organización de su propio territorio, que les obligó a poner en juego técnicas que hoy son indispensables.

Pocos países han tenido que hacer económicamente rentables regiones nevadas, desiertos abrasantes; construir inmensas autopistas y aeródromos accesibles en todo tiempo; remodelar ciudades gigantescas o crearlas junto a los polos, en el Ecuador o construir un país, uniendo los Estados de la costa del Atlántico, impregnados de puritanismo inglés, con las provincias del Pacífico o del Suroeste, en las que se dejaba sentir la influencia católica española.

Pero estas dificultades las supieron vencer con su espíritu de innovación, pues si bien es verdad que los historiadores pueden aún decirnos que los Estados Unidos son el resultado de los ferrocarriles más el dólar, pues aquél a la vez que proporcionaba a los norteamericanos la ocasión de llegar a las grandes dimensiones territoriales, constituyó para ellos el más extraordinario factor de integración, y éste con su unidad monetaria les dió el impulso financiero necesario para hacer un gran país.

Para nosotros, el factor más importante de la creación del gigante que, como hemos dicho reiteradamente, ha sido capaz de dominar la época acaso más gloriosa de la historia del mundo, es su espíritu de riesgo junto a su deseo de innovación. Del que puede ser un ejemplo el que ya comienzan a pensar que acaso uno de los mayores resultados de la técnica espacial sea el beneficio que representa para el desarrollo electrónico el campo de la automatización y del cálculo.

Voces importantes se alzan ya en Norteamérica demandando que el Gobierno incite a la iniciativa de los negocios y de la industria para que comience a explotar los frutos del espacio. Ya que es hora, según muchos americanos, de que se aprenda a evaluar los proyectiles gigantes como sistemas de transportes y no como armas de tremendo poder destructivo.

Pensamos que es muy difícil predecir las maravillas del mundo de mañana, pero se ven ya las líneas generales de las grandiosas evoluciones, en las que los Estados Unidos ocupan un lugar muy parecido, por lo menos para nosotros, al de líder.

De ahí la importancia de que se consiga lo antes posible llenar el foso de

los países subdesarrollados, pues si esto no se consigue, queda el amargor de la frase de Robert MacNamara de que el caos económico que puede preverse ante estas disparidades es más amenazador para la seguridad de los Estados Unidos que las armas atómicas chinas. Lo más grave es que aunque los anti-americanos de oficio de los países de Occidente no quieran reconocerlo, los Estados Unidos son en estos momentos la salvaguardia de nuestra civilización.

JOSÉ SERRANO CARVAJAL

R É S U M É

Nous sommes en train d'assister à l'une des plus importantes périodes historiques, qui correspond à une nouvelle société industrielle, laquelle a supéré beaucoup de découvertes scientifiques. Cette société se développera vraisemblablement aux Etats Unis d'Amérique.

Trois intellectuels européens se sont confrontés au sujet de ce thème passionnant, et de leurs travaux se dégage l'idée véritable du colosse américain. La qualité principale de ces analyses correspond aux différentes perspectives suivant lesquelles le thème a été posé, étant donné la différente formation intellectuelle des universitaires Julián Marias et Manuel Alonso Olea et du journaliste J. J. Servan-Schreiber.

Il est indéniable que les Etats Unis se sont défiés à eux-mêmes et ont effectué un saut gigantesque, se situant en tête de tous les pays du monde.

Le point de départ de cette réalité nous a été présenté par Alonso Olea dans son analyse de la réalité américaine, attitude critique insoupçonnée et combinaison parfaite des éléments économiques, sociologiques et juridiques, mis au service d'un extraordinaire sens de la véracité.

Julián Marias nous offre la vision d'un pays qu'il aime, avec un sens poétique plein de compréhension, que d'ailleurs nous aurons aimé pour nous quand les intellectuels américains ont étudié notre problématique.

La réalité c'est que tout change, tout grandit; les ordinateurs électroniques transforment le monde plus que n'importe quel autre élément, et le fait que la moitié de ceux-ci se trouvent en Amérique fait que ce pays est en train de se convertir, d'un pays actionné à la main, en une réalité électronique orientée vers la conservation d'un style de vie, vers la recherche d'une entité programmatique. Dans cela réside le triomphe qui nous laisse perplexes.

L'Amérique situe l'opulence au niveau du marché libre, pour ce pays l'arbitraire est seulement possible dans les économies dirigées par les technocrates. Mais comme son développement est fabuleux, les états de dépense augmen-

zent et en conséquence une part de l'économie doit être dirigée, doucement mais sûrement.

Nous devons conclure que nous nous trouvons devant l'une des grandes créations de l'histoire comme Rome ou l'empire espagnole et par ce fait elle provoque des ressentiments; de là, le cri d'alarme de J. J. Servan-Schreiber pour la pénétration industrielle des Etats Unis en Europe, ce qui n'est pas résolu par l'antiaméricanisme de beaucoup qui représente une inquiétude de la part de ceux qui le professent, comme s'il s'agissait de la dégradation de l'Europe, laquelle ne peut être sauvée qu'en abandonnant le chemin de l'autarchie.

Dans "Trois intellectuels européens face aux Etats Unis" est analysé la réalité d'un pays qui a réussi, en cent ans, à se transformer d'un pays à population disparate et hétérogène, qui vivait en marge du monde, en une unité qui a acquis le rang de grande puissance, qui domine la période la plus admirable de l'histoire scientifique du monde, grâce à sa puissance économique.

S U M M A R Y

We are witnessing one of the most important historic periods. The birth of a new industrial society, a consequence of many scientific discoveries. This society, it appears, will have its base in the United States.

Three European intellectuals have taken up this interesting theme and from their work one can understand the real idea of the American colossus. The main virtue of these analyses lies in the different views given to the same theme by three writers of different intellectual formation, namely the university professors Julián Marias and Manuel Alonso Olea and journalist J. J. Servan-Schreiber.

What has really happened is that the United States have challenged themselves as a country and have taken an enormous step forward to become the leader of the world.

Alonso Olea begins with his analysis of American reality in which he uses an unsuspected critical attitude and a perfect combination of the economical, sociological and juridical elements, all with a strict sense of veracity.

Julián Marias helps to give us a vision of a country which he loves and he does this in a poetic way full of understanding which we would have liked to have been said about ourselves by American intellectuals when writing about our problems.

What happens is that everything changes, everything grows, the electronic brains transform the world more than any other element and as there are more than half in America itself, the country is no longer a hand operated

country, but an electronic reality, interested in conserving a particular way of life, in finding a programatic organization. Their whole triumph is based on this.

America bases opulence on the free market. They do not believe in economies run by technocrats. But alongside their fabulous growth, budgets also increase and make it necessary for part of the economy to be gently but definitely managed.

The conclusion we must come to is that we are placed before one of the great historic creations like Rome or the Spanish Empire which is somewhat alarming, hence the cry of warning from J. J. Servan-Schreiber concerning the industrial penetration of the United States in Europe which cannot be solved by the anti-Americanism of many people alone, a fact which is rather disturbing for those who profess same because it eventually means the degradation of Europeanism. This situation can only be saved if we give up our ways of economic self sufficiency.

What the "Three European intellectuals before the United States" really wants to show us is that a country has actually changed over a period of a hundred years from being a disunited and heterogeneous people completely separated from the rest of the world, to becoming a great power dominating the most admirable period of the world's scientific history, thanks to its economic power.